

# Identificación y estudio de la Cueva del Río (Ribadesella, Asturias)

M. MALLO - T. CHAPA \* - M. HOYOS \*\*

RESUMEN: El yacimiento arqueológico de «Cueva del Río», descubierto por E. Hernández Pacheco en 1913, ha sido mencionado con otros nombres en referencias posteriores, e identificado con la llamada «Cueva de La Lloseta», por Jordá.

Los autores estudian las industrias de las excavaciones respectivas y establecen las características geológicas del yacimiento.

SUMMARY: The archaeological site known as «Cueva del Río», discovered by E. Hernández Pacheco in 1913, has been here identified with that named Cueva de La Lloseta by F. Jordá in 1958. The industrial remains from both excavations are analysed, and the geological characteristics of the locality studied in this article.

RÉSUMÉ: La grotte «Cueva del Río», découverte par E. Hernández-Pacheco en 1913, dont il n'y a pas des références postérieures, est identifiée avec celle appelée «Cueva de La Lloseta» par Jordá, en 1958. Les auteurs analysent les industries relevant des fouilles respectives et établissent les caractéristiques géologiques du gisement.

En distintas ocasiones (Mallo, M. y Pérez, M., 1969, p. 4; Mallo, M. y Suárez, J. M., 1973, pp. 23-24) hemos insistido en la necesidad de una correcta toponimia al dar nombre a una cueva que se descubre y estudia, para evitar posteriores confusiones.

El caso que hoy nos ocupa es la llamada Cueva del Río, Cueva del Río Ardines (Ribadesella, Asturias). Dicha cueva fue descubierta por E. Hernández Pacheco en 1913 y excavada por él mismo, con la colaboración de P. Wernert, a finales de agosto y principios de septiembre de 1915<sup>1</sup>, según consta en las notas de campo de éstos<sup>2</sup>. La memoria de la excavación nunca fue publicada, conservándose los materiales de la misma en el Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid.

En tres ocasiones cita E. Hernández Pacheco la Cueva del Río (Hernández Pacheco, E., 1919, p. 26; 1954, p. 15; 1959, pp. 153-154), siendo en la última, posterior a la publicación de la Cueva de La Lloseta por el Prof. F. Jordá (Jordá Cerdá, F., 1958), donde indica con mayor precisión la localización de la misma, sin deshacer el equívoco creado por Jordá el año anterior (Jordá Cerdá, F., 1958, p. 18) que sitúa dicha cueva a 10 m. sobre el cauce del río San Miguel, mientras que él se refiere a la misma como: «Situada en la parte alta de la ladera izquierda del barranco de Ardines, junto a Ribadesella (Asturias)». Acompaña a esta referencia una fotografía tomada desde el interior (Hernández Pacheco, E., 1959, p. 154, fig. 113) cuyos origina-

\* Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense de Madrid.

\*\* Sección de Paleontología de Vertebrados y Humana. Instituto Lucas Mallada. C.S.I.C. Madrid.

<sup>1</sup> E. HERNÁNDEZ PACHECO: Sitúa posteriormente la excava-

ción en 1916 (HERNÁNDEZ PACHECO, E., 1959, p. 153).

<sup>2</sup> Estos documentos se encuentran depositados en la secc. de Paleontología de Vertebrados y Humana del Inst. Lucas Mallada. C.S.I.C. Madrid.

les, se conservan en la Secc. de Paleontología antes citada.

No obstante, la escasa precisión de estos datos y la existencia de otras cavidades en el mismo barranco han dado lugar a reiteradas confusiones sobre la identidad de la Cueva del Río, situándola sistemáticamente, a partir del trabajo de Jordá sobre la Cueva de La Lloseta (Jordá Cerdá, F., 1958, p. 18), a 10 m. sobre el nivel del río San Miguel que corre por el fondo del barranco, cuando la altura de éste es de 60-70 m. según la hoja n.º 31 (Ribadesella) del Mapa Topográfico Nacional, a escala 1:50.000 del I.G.C.

Sin embargo, a partir de las fotografías originales de E. Hernández Pacheco tomadas durante la excavación de la Cueva del Río, antes citadas, uno de nosotros (M. Mallo) reconoció en ellas la Cueva de La Lloseta. Por lo que efectuando un reconocimiento en dicha cueva, en verano de 1975, pudimos constatar la identidad de ambas cuevas, realizando fotografías (lám. I) desde las mismas posiciones en que las tomó en su día E. Hernández Pacheco, corroborando asimismo los datos señalados por él mismo sobre situación, configuración y relleno, que fundamentalmente son los siguientes y de los que hablaremos más extensamente en párrafos posteriores.

La cueva tiene su entrada en la ladera izquierda y en la parte alta del barranco de Ardines, a 50-60 m. sobre el cauce del río San Miguel. Lo que coincide con la situación dada por E. Hernández Pacheco (Hernández Pacheco, E., 1959, p. 153).

La existencia en la entrada de un cono de derrubios originado, en parte, por el hundimiento de la visera exterior de la cueva.

La existencia en el interior de restos cementados de dos concheros superpuestos.

#### EL KARST DE ARDINES

Las calizas sobre las que se ha desarrollado el aparato cárstico que dio lugar a la serie de cuevas y conductos que perforan el macizo de Ardines, pertenecen al tramo superior de la formación de calizas de La Escalada (JULIVERT 1967) del Carbonífero inferior. Se presentan formando un potente banco de calizas blanquecinas con buzamiento en general muy pronunciado (72° S) que pasa a ser más suave

en la zona de la ría de Ribadesella. Su alineación, de E a W, corresponde a la rama N de la Rodilla Astúrica.

El accidente tectónico principal lo constituye una falla de gran salto de dirección E-W que pone en contacto el flanco N, de la formación, con materiales jurásicos.

Una red de fallas y diaclasas correspondientes también a la tectónica alpídica fracturan el macizo, ya plegado en la orogenia hercínica. En esta red, pueden distinguirse dos sistemas principales de fracturas que condicionan el desarrollo de karst, de direcciones NNE-S. SW y NNW-SSE. Como veremos más adelante es posible que el movimiento de estas fallas no se circunscriba únicamente al terciario sino que pueden haber existido movimientos de reajuste durante el Pleistoceno e incluso en el Holoceno.

El desarrollo de este aparato cárstico está, por tanto, condicionado por la estructura. Los procesos de disolución que dieron lugar a las cavidades y galerías que perforan todo el macizo, se centraron principalmente según los planos de fractura y estratificación.

Las formas externas de absorción se encuentran en la zona superior del macizo por su disposición más o menos plana, correspondiente al nivel de la rasa de 100 m. un tanto degradado. Estas formas están representadas por rosarios de dolinas, de poca extensión y con escarpes muy degradados por el gran desarrollo del lapiaz. Estos rosarios de dolinas se apuntan a las direcciones de las fracturas mencionadas. En las dolinas de mayor desarrollo pueden observarse hasta tres etapas de encajamiento coincidentes con otros tantos ciclos cársticos sin que hasta ahora hayamos podido datarlos, aunque la edad de la rasa, la atribuimos al Plioceno superior (Hoyos, M., Tesis Doctrinal), estos procesos son posteriores a la generación de dicha superficie de abrasión. Entre estas dolinas destaca la denominada La Cueva, próxima a la ría, cuya comunicación con el interior del karst está obstruida por una gran colada de derrubios de más de 20 m. de altura.

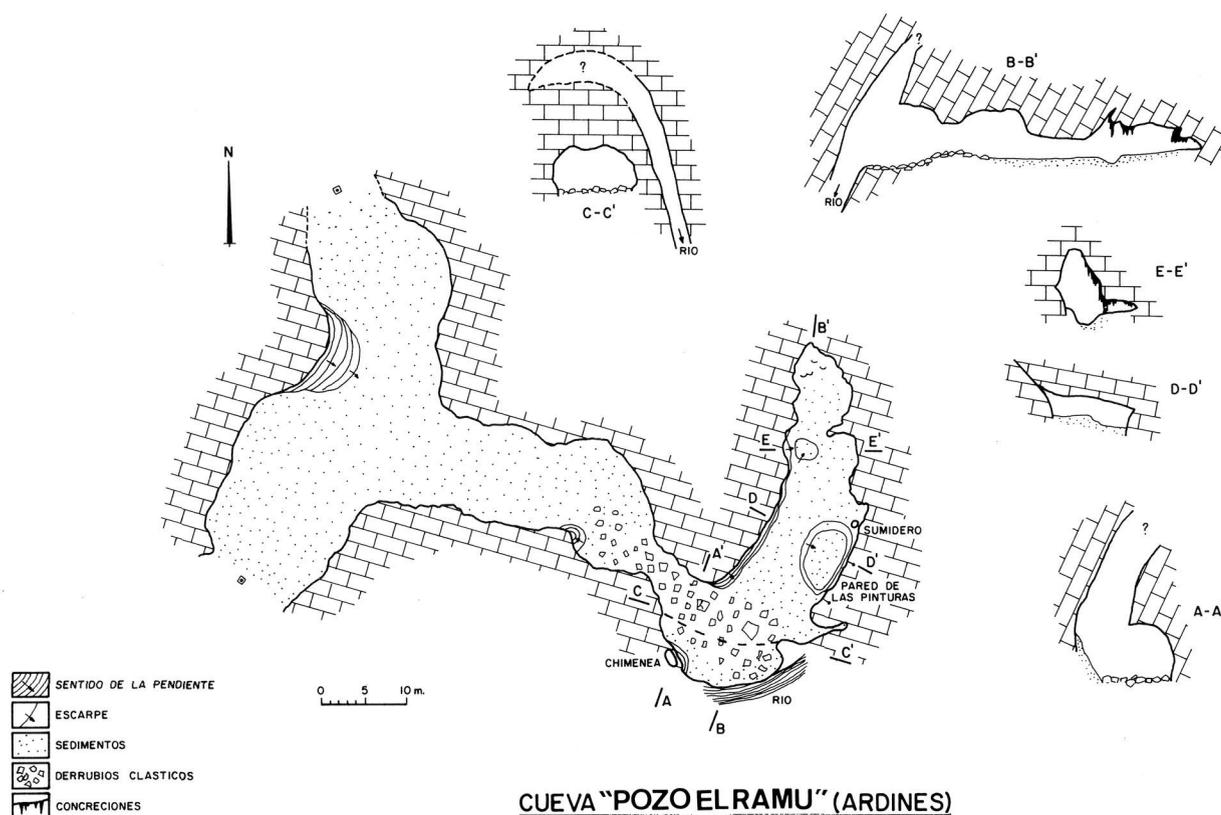
Con respecto a la edad, lo mismo podemos decir del encajamiento del río San Miguel. El río atravesando las pizarras carboníferas de S. a N., cambia su curso al alcanzar el contacto con las calizas, obligado por la mayor resistencia de éstas, frente a la erosión, que las pizarras. Excava y se encaja siguiendo el contacto, aprovechando que se trata de una zona más

débil y favorable para la carstificación. Dado que el karst ya estaba en funcionamiento, se produce la captura del río, que en los últimos centenares de metros antes de sumirse en el lugar denominado La Gorgocera, se adentra, todavía con cauce subaéreo, en el macizo calcáreo a favor de una estrecha uvala que forma el barranco de Ardines. Después de recorrer el macizo con cauce hipogeo, surge de nuevo en la ría de Ribadesella.

Es por tanto el río San Miguel la fuente de alimentación alóctona más importante de todo el aparato cárstico, en unión del agua de lluvia, que aunque abundante, es de mucha menor importancia, ya que prácticamente sólo contribuye a un incipiente rejuvenecimiento de las formas seniles y muertas de la parte superior del aparato cárstico, así como a la elaboración de formas de reconstrucción de las zonas vivas situadas a un nivel bastante inferior y próximo al cauce del río (Cueva de Pozo del Ramu).

tintas alturas en el barranco de Ardines al sumirse por ellas, como afirma F. Jordá (1958) y como ocurre hoy día en La Gorgocera. Al descender el nivel de base del río, las cavidades superiores fueron abandonadas por las aguas quedando colgadas distintas alturas respecto al cauce del río. Este es el caso de la Cueva del Río o de La Lloseta.

Sin embargo, el origen inicial de estas cavidades no debe atribuirse al río ya que las etapas iniciales de carstificación del cordal de Ardines (éste ha sufrido varios ciclos cársticos, por lo que puede denominarse karst-policíclico en el sentido de Llopis [Llopis Lladó, N., 1970]) deben ser Pliocenas y anteriores al encajamiento de la red fluvial actual, puesto que como hemos visto, el río cambia su curso al chocar con el relieve calcáreo ya existente y éste es posterior al proceso de arrasamiento del que parte el relieve costero de la zona. Debe tratarse por tanto de un proceso de captura, por evolución hacia el W, de un



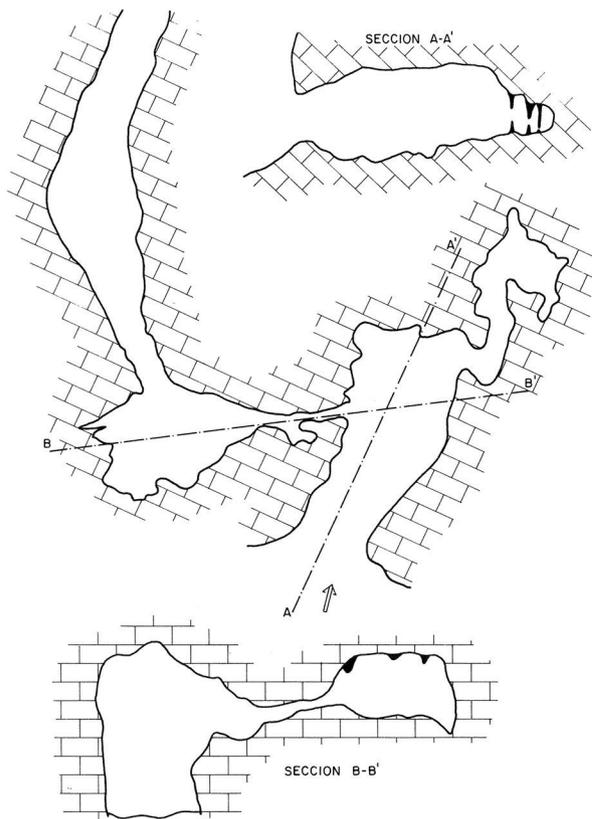
CUEVA "POZO EL RAMU" (ARDINES)

Es muy probable que dicho río haya sido el responsable del ensanchamiento y evolución de las cavidades muertas y semifosilizadas que se abren a dis-

valle ciego instalado sobre el contacto pizarrascalizas y por la conjunción de una serie de dolinas que dieron lugar a la uvala del barranco de Ardines.

Esto no implica que el río no se sumiese alguna vez por los conductos ya existentes que se abrían a los flancos de la uvala.

En el caso de La Cueva del Río, no existen actualmente vestigios externos que atestigüen que haya funcionado como sumidero, aunque como veremos más adelante se trata de una forma cárstica senil muy evolucionada y semifosilizada en la que pueden haber desaparecido dichos restos. En este sentido, el Prof. Jordá, señala la presencia de «pequeñas gravas redondas» en el nivel inferior de su excavación, por lo que éstas podrían corresponder a aportes del río San Miguel, aunque sería demasiado grande el hiatus sedimentario entre este nivel y el Magdaleniense ya que de sumirse el río por dicha cavidad debió haberlo, dada su altura sobre el cauce actual, en el Pleistoceno inferior o medio.



PLANTA DE LA CUEVA DEL RIO O DE LA LLOSETA

<sup>3</sup> En estas figuras hemos respetado la denominación del grupo de montaña S. Claudio que efectuó la topografía. Sólo hemos

Por razones ajenas a nosotros no hemos podido conseguir la autorización necesaria para efectuar un estudio detallado de las cavidades internas de este complejo cárstico tan interesante.

Sin embargo, a la vista de los primeros planos topográficos que se efectuaron y con nuestras propias observaciones en aquellas zonas que nos fue posible visitar, podemos señalar lo siguiente:

Las formas internas de karst, salas, galerías y conductos tienen como directrices fundamentales las direcciones de fracturas antes mencionadas, así como los planos de estratificación y sobre todo las zonas de despegue existentes entre ellas (figs. 1 y 2)<sup>3</sup>. También en estas figuras puede observarse que el mayor desarrollo en altura se alcanza a favor de los planos de estratificación cortados por fracturas, dando bóvedas asimétricas, inestables de reciente creación (Pleistoceno medio?). En este sentido hemos de señalar que la actual Cueva de Pozo del Ramu, en la parte inferior y viva del karst de Ardines, por cuyo interior circula el río San Miguel antes de desembocar en la ría, se encuentra en plena evolución, pues son abundantes los testimonios de grandes desprendimientos, en principio de origen gravitacional, con bloques de hasta 125 m<sup>3</sup>. La existencia de estrías de espejo de falla en una de las caras de un gran bloque nos pone en la duda de si se trata sólo de movimientos gravitacionales o de rejuego de alguna fractura. Hay que añadir a estos fenómenos, el desplazamiento y rotura de estalactitas de gran desarrollo, que a veces va a ser un movimiento continuo pero más lento que la generación de la misma. Se la ve con la base desplazada respecto al techo y unida por una formación estalactítica diagonal.

Finalmente la existencia de niveles arenosos colgados dentro del karst, lo hacen particularmente interesante ya que su relación con el mar no la damos por descartada dada su proximidad (la surgencia del río San Miguel en la ría no está a más de 500 m. de la barra) por lo que sería interesante su estudio para una mejor comprensión del cuaternario de la zona.

#### DESCRIPCIÓN DE LA CUEVA Y ETAPAS EVOLUTIVAS DEL RELLENO

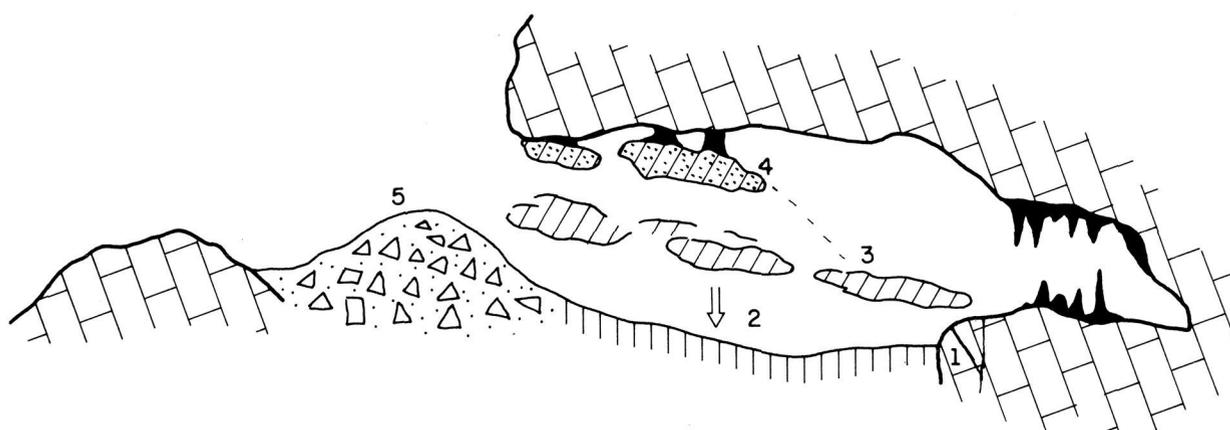
Desde un punto de vista cárstico se trata de una cavidad sobre falla, prácticamente muerta y semifo-

corregido el sentido de la estratificación de las calizas. A todo este complejo se le denomina hoy Cueva de Tito Bustillo.

silizada, ligada a otras cavidades accesibles del aparato cárstico (Pozo del Ramu - Tito Bustillo) por conductos laterales.

El suelo de la cueva no es plano sino que forma una depresión con la concavidad más acentuada hacia el tercio interior de la misma. Por todo él puede

### ESTADO ACTUAL DE LA CUEVA DEL RIO



- 1 BORDE DE LA ZONA DE HUNDIMIENTO
- 2 HUNDIMIENTO GRAVITACIONAL
- 3 CONCHERO MAGDALENIENSE
- 4 CONCHERO ASTURIENSE
- 5 CONO DE DERRUBIOS PRODUCIDO POR RETROCESO DE LA VISERA

Desde un pequeño replano en el escarpe del barranco de Ardines, que probablemente estuvo en su día ligado a la cueva, se tiene acceso a una boca se sección triangular en la que la parte oriental se ha desplomado constituyendo un gran cono de derrubios que casi cierran la entrada. Desde ella se tiene acceso a una sala de planta casi rectangular de unos 30-35 m. de profundidad por 10-12 m. de anchura. La dirección del eje principal es NNE-SSW. De la pared oeste y a unos 20 m. de la entrada existe un pequeño conducto que pone en comunicación esta cueva con el resto de los conductos del aparato cárstico. Al fondo y por el E. existe otro conducto que se cierra unos metros más adentro.

observarse la presencia de cantos de caliza, restos de conchas, huesos e industria humana, mezclados con restos actuales.

Al fondo y al Oeste de la Sala principal se observa un resalte de metro a metro y medio entre el suelo de la sala y una plataforma creada por una corteza estalagmítica bastante gruesa, alrededor de los 15 cm. de espesor, que se prolonga hasta la pared rocosa. El resalte no es neto, sino creado por una zona de bloques fracturados y dislocados que en su día estuvieron en conexión con la plataforma citada. Lo que indica la existencia de un proceso de hundimiento posterior a la formación de la corteza estalagmítica que creó la plataforma.

A ambos lados de las paredes y en el techo puede observarse la presencia de dos concheros:

a) Conchero adosado a las paredes, buzando de 5.º a 10.º hacia el interior, compuesto por cantos de caliza y abundantes restos de *Patella vulgata* y *Littorina litorea*, dado recientemente como Magdalenienense, con una edad de  $15.656 \pm 412$  BP (CLARK, G. A., 1976, p. 235).

b) Conchero discordante estratigráficamente con el anterior, adosado a la pared y techo de la cueva, sin penetrar hacia el interior tanto como el anterior. En la zona de separación entre ambas, o faltan sedimentos o aparecen tramos discontinuos más arcillosos, oscuros y menos cementados. Fue considerado por E. Hernández Pacheco como: Asturiense y clasificado posteriormente como Post-Asturiense, dada su edad ( $4594 \pm 688$  BP) por Clark (CLARK, G. A., p. 235).

Ambos concheros se encuentran «colgados» respecto al suelo actual de la cueva, aunque el primero casi alcanza el mismo en la pared oriental al fondo de la cueva.

Esta disposición de los mismos dio lugar a la teoría del rejuvenecimiento cárstico de Jordá (Jordá Cerdá, F., 1958), hoy día sin sentido, dadas las edades absolutas de los concheros.

Por otra parte, en el Museo Nacional de Ciencias Naturales, se conservan dos fragmentos de dichos concheros situados en la posición relativa que tenían en la cueva y un letrero explicativo con la denominación de «BRECHAS PREHISTÓRICAS DE CAVERNA». En él se explica lo siguiente: «Proceden las grandes masas aquí expuestas de la caverna llamada del Río, cerca de Ardines, caserío inmediato a Ribadesella (Asturias)...» y más adelante, «la masa mayor procede del piso inferior de la caverna...» corresponden a la época Magdalenienense inferior.

Por nuestra parte, del examen de ambos fragmentos de conchero podemos señalar además:

— Conchero inferior, constituido por una gruesa corteza estalagmítica de 12-15 cm. de potencia formada por capas delgadas de calcita. En uno de sus bordes y por la parte inferior se observa la estructura concéntrica del arranque de una estalagmita gruesa de más de 10 cm. Por su parte superior las últimas capas de calcita cementan restos de cantos, industria y huesos así como gran cantidad de conchas de *Patella* y *Littorina* de gran tamaño. Su postura, por tanto debió ser horizontal, o sea con la corteza

calcítica formando la base y los restos paleolíticos encima, como señala la estalagmita incipiente.

— Conchero superior, constituido por una base estalagmítica (adosada a la pared como debía estar en la cueva) más delgada que la anterior, con cavidades y restos de arcillas entre sus bandas y en general menos recristalizada que la anterior. Esta base pasa insensiblemente a un conglomerado de conchas de *Mytilus* (de aspecto reciente, conservando la capa de conchiolina casi completa), *Ostrea edulis*, *Trochus linneatus* y caparazones de erizos de mar, sin una orientación definida, por lo que presentan un aspecto masivo. Su postura debió ser adosada a la pared por el lado de la corteza.

El primer conchero, lo asociamos con la corteza estalagmítica que constituye la plataforma del fondo de la cueva, dadas sus características y potencia.

El hecho de que se encontrase dentro del nivel que se excavaba, junto con las observaciones «in situ» expuestas anteriormente, nos confirma que la cueva ha sufrido un proceso de hundimiento después de su relleno que dejó colgados de las paredes y techo aquellas partes más cementadas y unidas a las mismas. Este fenómeno debió ser menos intenso hacia la zona externa al desplazarse los materiales sedimentarios en la vertical, las zonas centrales pueden permanecer sin mezclarse con sus capas en la misma posición relativa, no así los bordes adosados a las paredes que al estar en una zona de fricción se deformarían y mezclarían.

Estos fenómenos de hundimiento y desplazamiento no son extraños en este aparato cárstico, ya que hemos podido observarlos en otras zonas del mismo, principalmente en la zona sur, más próxima del barranco de Ardines, dentro de la cueva de Pozo del Ramu.

Respecto a sus causas, existen dos posibilidades, que se trate de un movimiento de reajuste de la fractura sobre la que se desarrolla la cavidad y se produzca un desequilibrio estático o bien que se deba a un hundimiento de tipo gravitacional. En ambos casos debió existir una cavidad inferior o la misma cavidad, con una zona no rellena, que permitiese dicho descenso. En principio nos inclinamos por la segunda posibilidad que nos parece más factible, aunque no desechamos la primera y pensamos que algunos de los movimientos observados en las otras zonas del karst pueden deberse a esta primera posibilidad.

En cuanto a la edad, este hundimiento debió producirse después de la deposición del segundo conchero, de edad Holocena, ya que se ve afectado por él.

Las excavaciones llevadas a cabo por E. Hernández Pacheco en 1915 se efectuaron al costado de la parte occidental, por lo que debió excavar en la zona de revuelto producida por la fricción de los materiales al hundirse.

En las llevadas a cabo por Jordá en 1957, la cata denominada sector A (Jordá Cerdá, F., 1958; pp. 21 y 23) se encuentra próxima a las excavaciones anteriores pero situada más al centro, por esto en dicha zona pudo el autor encontrar una sucesión de niveles.

En resumen las etapas evolutivas más importantes serían:

1.º Formación de la corteza y piso estalagmítico en un clima no demasiado duro, pero sí eminentemente húmedo, pues se trata de una cavidad senil en período de reactivación.

2.º Instalación del hombre Magdaleniense (Inferior?), parte de los restos de su industria se incorporan a la zona superior de la corteza.

3.º El relleno de estos niveles de habitación debió alcanzar bastante potencia, hasta lo que hoy es el límite entre las dos concheros.

4.º Consolidación y cementación de las zonas próximas a las paredes debido al agua que escurre cargada de bicarbonato cálcico. Esta cementación no alcanza las zonas centrales.

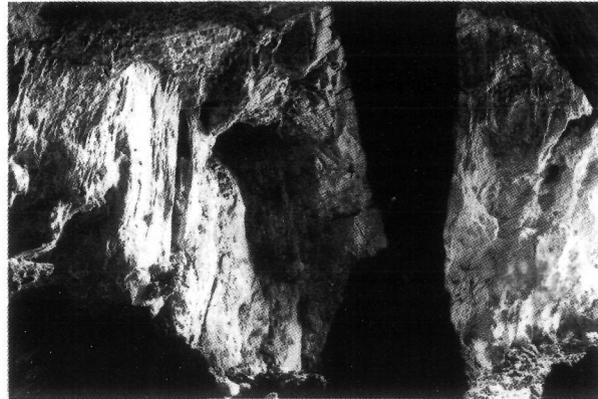
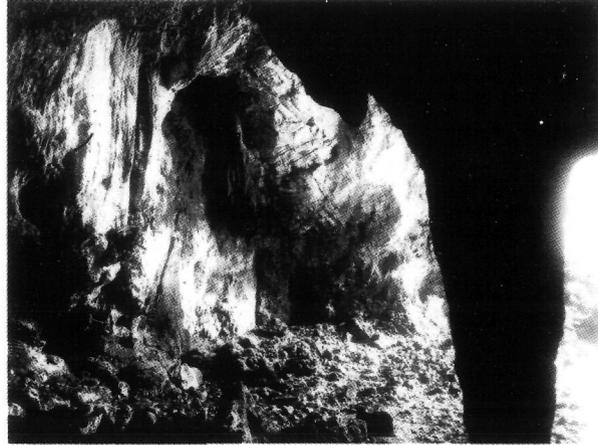
5.º Hiatus entre el primer conchero y el segundo si tenemos en cuenta la edad obtenida por C-14.

6.º Colmatación de la cueva por los detritus Asturienses y consolidación de éstos por cementación análoga al proceso anterior.

7.º Hundimiento. Las zonas fuertemente cementadas de las paredes y techos permanecen colgadas, el resto se desplaza en la vertical. En las zonas de los costados, de mayor fricción se producirán revueltos de unas capas con otras, mientras que en las zonas centrales es posible que se puedan haber conservado las posiciones relativas de las capas.

Desde un punto de vista geológico, la secuencia paleoclimática que puede deducirse de los sedimentos que configuran el conchero inferior, atribuido por E. Hernández Pacheco al Magdalenense inferior

(Hernández Pacheco, E., 1959, p. 261) corresponde a lo siguiente:



Fotografía superior. Tomada por E. Hernández Pacheco en la Cueva del Río 1915. Análoga, aunque algo desplazada a la derecha de la publicada en la Prehistoria del Solar Hispánico (HERNÁNDEZ PACHECO, E., 1959, p. 154, fig. 113).

Fotografía inferior tomada por M. MALLO 1975 en la cueva de La Lloseta.

1.º Formación de una potente costra estalagmítica, con ausencia total de aportes detríticos.

Teniendo en cuenta que se trata de una cavidad senil semifosilizada, situada en la zona alta del karst, prácticamente muerta, la alimentación hídrica sólo pudo producirse por aguas de infiltración, y dado que desde dicha cavidad a la parte superior de la

plataforma del karst hay todavía unos 40 m. de calizas, la intensidad y duración de las precipitaciones debieron ser considerables, para que la circulación de agua por las fisuras del karst alcanzase dicha cavidad con suficientes aportes de aguas carbonatadas que dieran lugar a la formación de la corteza. A su vez, estos 40 m. de calizas actuarían de filtro para la retención de los aportes detríticos autóctonos que hubiere.

Por otra parte, la ausencia de elementos crioclásticos, aun teniendo en cuenta que la muestra de la corteza estudiada estaría situada en aquel momento a unos 8-10 m. al interior, nos indica que las condiciones climáticas de temperatura no serían muy rigurosas. Por tanto y en resumen, dicha corteza estalagmática debió formarse en unas condiciones climáticas frescas-templadas y eminentemente húmedas.

### 2.º Formación del nivel de ocupación Magdaleniense.

Durante la última fase de formación de la corteza, se incorporan los primeros elementos crioclásticos, así como restos de industria, huesos y conchas, al ser habitada la cueva. Estos elementos quedan cementados e incluidos en la parte superior de la corteza.

Continúa la sedimentación de materiales crioclásticos y de restos de habitación. Esta etapa de sedimentación es evidentemente distinta de la anterior. La existencia de cantos de caliza procedentes de la gelivación del techo y paredes de la cueva nos indica que las condiciones climáticas son más rigurosas que en la etapa anterior en cuanto a la temperatura, y por su parte la intensidad de la humedad parece remitir un tanto. En resumen el clima sería más frío y menos húmedo que en la etapa anterior.

### 3.º Cementación del depósito anterior.

No tenemos constancia de que este proceso se haya producido inmediatamente después de la sedimentación de dicho depósito, aunque por nuestra parte pensamos que bien pudo ocurrir así, en una etapa fresca y muy húmeda siguiendo a la formación del depósito anterior. En apoyo de esta hipótesis tenemos la edad de C-14 de dicho depósito (conchero) de  $15.656 \pm 412$  B. P. (Clark, G. A., 1976, p. 235) que probablemente hubiese resultado más moderna, por contaminación, si la cementación se hubiese producido mucho más tarde.

Además, la secuencia de estas tres etapas climáticas consecutivas, situadas alrededor de la fecha antes citada, ha sido detectada por uno de nosotros (Hoyos, M. Tesis doctoral, inédita) en secuencias sedimentarias de otros yacimientos de la región Cantábrica, en las que además, las industrias coetáneas corresponden al Magdaleniense inferior cantábrico.

Tanto la secuencia paleoclimática descrita, como la fecha de C-14 y la existencia de otros yacimientos con las mismas características sedimentológicas conteniendo industrias del Magdaleniense inferior cantábrico, nos hacen suponer como buena la atribución cultural dada por E. Hernández Pacheco a dicho conchero.

## PREHISTORIA

Desde el punto de vista arqueológico, las anotaciones de campo realizadas por E. Hernández Pacheco y P. Wernert nos permiten concretar exactamente las fechas de la excavación, que se desarrolló desde el día 30 de agosto al 3 de septiembre de 1915. Sin embargo, sólo dos días se dedicaron por completo a la labor de excavación, ya que el día 1 no se trabajó, y los días 2 y 3 se dedicaron parcialmente a retirar los bloques de conchero.

Según estas mismas notas, la excavación se situó junto a la pared derecha de la cueva, y tenía aproximadamente dos metros de ancho, dando como resultado la aparición de un nivel negruzco, de 20 a 30 cms. de espesor. Incluido en el mismo se encontró un bloque de conchero que puede identificarse con el atribuido al Magdaleniense inferior que se conserva en el Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid.

Las industrias procedentes de esta campaña, así como los dos fragmentos de conchero fueron trasladados al citado Museo. Uno de estos bloques fue clasificado como Asturiense y otro como Magdaleniense (Hernández Pacheco, E., 1954, p. 15). El resto de las piezas fueron marcadas con una sigla o, en ciertos casos, con una etiqueta, en la que puede leerse: «C. Río. Ardines. Magd. Inf.». En algunos ejemplares se añade a esta sigla la indicación «Superficie». Parte del material fue expuesto en una vitrina, junto con algo de fauna y los dos concheros, mientras que el resto fue guardado en cajones.

De esta brevísima excavación no se publicó ninguna memoria o nota, y E. Hernández Pacheco hace

solamente una ligera mención de la misma en 1919 (p. 26), clasificándola como Magdaleniense inferior, opinión seguida por los diversos autores posteriores (Obermaier, H., 1916, p. 186; Idem, 1924, p. 176; Idem, 1925, p. 189, indicando un posible nivel Aziliense, confundido probablemente con el Asturienense; Jordá, F., 1958, p. 82; González Echegaray, J., 1960, pp. 9-10).

Han sido realizadas recientemente revisiones de su industria por Pilar Utrilla (1976, pp. 824-828) y por J. A. Moure y M. Cano (1976, pp. 259-271), quienes han analizado el material óseo y parte del lítico procedente de la cueva.

Sin embargo creemos que la identificación de la

Cueva del Río con la de La Lloseta y la aparición de piezas líticas no accesibles anteriormente a las investigaciones correspondientes a la primera, junto con las notas de campo de los excavadores, son razones suficientes para volver algo más detalladamente sobre esta colección. No haremos alusión en este análisis al instrumental óseo de la colección del Río, como no lo haremos tampoco al de la cueva de La Lloseta, ya que ha sido recogido enteramente en la obra de P. Utrilla (1976), y descrito y reproducido el material de la Cueva del Río en J. A. Moure y M. Cano (1976, pp. 266-269), por lo que no creemos necesario repetir de nuevo estos datos. La industria lítica queda representada en el siguiente cuadro:

CUEVA DEL RIO

UTILES	Magdaleniense		Inferior (Superficie)	
	S	C	S	C
2. Raspador atípico	—	2	—	—
5. Raspador / hoja retocada	—	1	—	—
8. Raspador / lasca	3	7	—	—
9. Raspador circular	1	—	—	—
11. Raspador aquillado	2	—	—	—
13. Raspador alto en hocico	—	1	—	—
15. Raspador nucleiforme	5	5	—	2
17. Raspador - Buril	1	—	—	—
24. Perforador atípico	—	2	—	—
28. Buril diedro desviado	3	—	—	—
29. Buril diedro de ángulo	2	—	1	—
34. Buril / troncadura ret. recta	1	—	—	—
36. Buril / troncadura ret. cóncava	2	—	—	—
55. Punta pedunculada (de Teyjat)	1	—	—	—
61. Troncadura ret. oblicua	2	1	—	—
62. Troncadura ret. cóncava	—	1	—	—
65. Pieza de ret. cont. / 1 borde	4	6	—	2
66. Pieza de ret. cont. / 2 bordes	—	1	—	—
74. Escotadura	—	2	—	1
75. Denticulado	2	9	—	—
76. Pieza esquirlada	1	—	1	—
85. Hojitas de dorso	2	—	—	—
OTRAS PIEZAS				
Lasca de retoques aislados / 1 borde	2	6	1	3
Lasca de retoques aislados / 2 bordes	1	—	—	—
Hoja de retoques aislados / 1 borde	2	3	—	—
Lascas sin retoque	4	9	2	10

UTILILES	Magdaleniense		Inferior (Superficie)	
	S	C	S	C
Hojas sin retoque	7	3	—	2
Golpes de buril	3	—	—	—
Aristas de núcleo	4	—	—	—
Fragmentos de núcleo	—	1	—	3
Núcleos prismáticos de 1 plano perc.	3	2	2	3
Núcleos prismáticos de 2 planos perc.	—	1	—	5
Núcleos prismáticos varios planos perc.	—	—	—	1
Núcleos discoidales	—	7	—	3
Núcleos piramidales	—	—	—	1
Núcleos globulosos	—	—	—	1
Núcleos informes	3	9	6	20
Canto con retoque bifacial	—	1	1	1

Percutor de arenisca: 1 (Magd. Inf.)

En el análisis del material comprobamos que las piezas que pueden considerarse como útiles se incluyen entre las que no llevan la marca «Superficie». Los raspadores dominan sobre el resto del utillaje, siendo más frecuentes los realizados sobre lasca y los nucleiformes. Entre estos últimos hemos incluido algunos grandes cantos de cuarcita con un frente de raspador en un extremo. El índice de raspador es alto, si bien no tanto como en el anterior análisis de esta cueva (Utrilla, P., 1976, p. 851). Esto se debe probablemente a la aparición de un mayor número de material retocado en la ulterior revisión del almacén del Museo. Los buriles son escasos, dominando los diedros sobre los realizados sobre troncatura. Casi todos ellos son de sílex, al contrario de lo que sucedía con los raspadores, donde dominaba la cuarcita. Sólo hay un ejemplo de pieza compuesta: se trata de un raspador-buril, realizado sobre lasca de sílex. Los útiles más frecuentes son las piezas con retoque continuo sobre un borde, así como los denticulados, realizados en su mayor parte en cuarcita.

Hay que destacar dos cosas más: la aparición de una punta de Teyjat sobre hoja de sílex, con pedúnculo conseguido por retoques abruptos alternos y marginales, y con retoque inverso en el extremo distal. El otro punto a destacar es la ausencia prácticamente total del utillaje microlítico. Sólo hay dos hojitas de borde rebajado, lo que resulta extraño, dado el carácter magdaleniense de la industria.

El conjunto de material que no entra dentro de la categoría de los útiles es relativamente numeroso

en relación con el total de piezas. Hay una cantidad considerable de lascas sin retoque, siguiéndoles las lascas y las hojas de retoques aislados. Están también presentes tres cantos con retoque bifacial y un percutor de arenisca. Las aristas de núcleo y los golpes de buril son escasos, como corresponde a piezas que generalmente son de tamaño reducido.

Los núcleos son muy numerosos, de tamaño grande en su mayoría y sin forma determinada. Son más abundantes los marcados como «Superficie», y conservan casi todos ellos restos de corteza. Las piezas nucleares (núcleos, raspadores nucleiformes, cantos, percutores) son mayoría en el total del material (44,8 %). Les siguen las lascas retocadas o no (39,7 %), conservando muchas de ellas restos más o menos grandes de corteza en superficie. Las hojas, aunque minoría, llegan a alcanzar el 15,4 % del total de las piezas. La materia prima utilizada preferentemente ha sido la cuarcita, aunque hemos incluido en la clasificación «sílex» algunas piezas de radiolarita de la caliza Griotte y de pizarra silíceas.

La gran abundancia de piezas nucleares y la escasez de útiles entre el material siglado como «superficie» en comparación con el marcado simplemente como «Magdaleniense inferior», así como la ausencia de industria con la anotación «Superficie» en la vitrina nos lleva a pensar que la dualidad de siglas no corresponde en realidad a una dualidad de niveles, sino que, al igual que en la Cueva de la Paloma, parece reflejar simplemente una ubicación diferencial dentro del Museo. Esto, junto al hecho de que aún

hoy en día existen repartidos en superficie núcleos y lascas de las mismas características, nos lleva a considerar el material como un conjunto único, todo él prácticamente superficial, ya que la cata realizada por E. Hernández Pacheco y P. Wernert, como ya hemos visto antes, fue muy somera. Además de este carácter más o menos superficial, el hallazgo de un fragmento de conchero entre el material excavado nos hace pensar en la posibilidad de que el estrato esté revuelto.

En cuanto a la Cueva de La Lloseta, ésta fue excavada por el profesor Jordá en agosto de 1956, publicando los resultados de estos trabajos en una extensa memoria (Jordá, 1958), donde se detallan los pormenores del descubrimiento y localización de la cueva.

La excavación se situó junto a un gran bloque de piedra en la zona de la entrada y bajo la visera de la cueva, descubriendo un primer estrato de tierra vegetal muy oscura, con abundante materia orgánica y un espesor máximo de 50 cms. Contenía algunos restos de industria pero, al parecer, removidos. Esta capa va dando paso al primer nivel, de arcilla amarillenta y 20 a 50 cms. de espesor, con industria de cuarcita y restos de fauna, al que se dio una atribución magdalenense muy imprecisa. El segundo nivel es calizo arcilloso de color pardo negruzco. Presentaba numerosos cantos pequeños de caliza. Su espesor varía entre 1 m. y 1,20 m. y era de gran ri-

queza en fauna e industria, atribuida al Magdalenense inferior. El tercer nivel era de coloración pardo-rojiza y con mayor escasez de restos industriales, a los que se dio una hipotética atribución al Solutrense final. Junto a las paredes y techo de la cueva, Jordá señala (1958, p. 24) la existencia de restos de conchero que clasifica como asturiense, aunque, como demuestran las fechas de C-14 ya citadas los concheros son de épocas muy distintas.

El material fue depositado en el Museo Arqueológico Provincial de Oviedo dividido en 12 capas que atestiguan su procedencia estratigráfica pero que no presentan atribución cultural ninguna. Una primera revisión ha sido la de P. Utrilla (1976, pp. 816-824), quien explica en su trabajo la disposición del material, analizando los numerosísimos útiles incluidos dentro de las capas 4.<sup>a</sup> a la 12.<sup>a</sup>. Nos remitimos pues a ella para toda la información derivada del estudio de estas capas. Además de este material, se conservan también algunas cajas con las piezas procedentes de la superficie y capas 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> del sector excavado. Estudiamos con más detenimiento estas capas, ya que creemos que por sus características podrían clasificarse dentro del primer estrato negruzco clasificado por el Dr. Jordá como revuelto, y por otra parte es paralelizable con el nivel excavado por E. Hernández Pacheco en 1915 mediante una comparación litoestratigráfica.

El análisis de su industria es el siguiente:

CUEVA DE LA LLOSETA

ÚTILES	Superficie		Capa 1. <sup>a</sup>		Capa 2. <sup>a</sup>		Capa 3. <sup>a</sup>	
	S	C	S	C	S	C	S	C
8. Raspador / Lasca	—	1	—	—	—	—	2	—
11. Raspador aquillado	—	—	—	—	—	—	1	2
13. Raspador en hocico	—	—	—	—	—	—	—	1
15. Raspador nucleiforme	2	—	—	—	—	—	—	—
27. Buril diedro recto	—	—	—	—	—	—	1	—
28. Buril diedro desviado	—	—	—	—	—	—	1	—
35. Buril / Tronc. ret. oblicua	—	—	—	—	—	—	1	—
36. Buril / Tronc. ret. cóncava	—	—	—	—	—	—	—	1
62. Troncadura ret. cóncava	—	—	—	—	—	—	—	1
65. Pieza ret. cont. / 1 borde	—	1	1	—	—	1	2	5
74. Escotadura	1	—	—	—	—	—	1	—
75. Denticulado	—	1	—	—	—	—	1	4
85. Hojitas de dorso reb.	—	—	2	—	—	—	—	—

OTRAS PIEZAS	Superficie			Capa 1. <sup>a</sup>			Capa 2. <sup>a</sup>			Capa 3. <sup>a</sup>		
	S	C	Q	S	C	Q	S	C	Q	S	C	Q
Lascas ret. aisl. / 1 borde	—	1	—	—	1	—	1	—	—	—	3	—
Lascas ret. aisl. / 2 bordes	—	1	—	—	—	—	—	—	—	—	1	—
Hojas ret. aisl. / 1 borde	1	1	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Lascas sin retoque	16	26	—	2	7	—	2	9	—	31	114	2
Hojas sin retoque	1	2	—	—	—	—	—	—	—	8	4	—
Golpes de buril	2	—	—	8	—	—	—	—	—	9	3	—
Restos de talla	2	2	—	8	6	2	—	—	—	69	14	11
Núcleos prismáticos 1 pl.	—	—	—	—	—	—	—	—	—	2	3	—
Núcleos piramidales	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	1	—
Núcleos informes	3	2	—	—	—	—	—	—	—	5	15	—
Fragmento de núcleo	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	1	—
Aristas de núcleo	—	—	—	—	—	—	2	—	—	2	—	—

Percutor de arenisca: 1

Lascas de arenisca: 2

No nos extendemos en el análisis del material de superficie y de las tres primeras capas de la Cueva de La Lloseta, ya que el cuadro es suficientemente expresivo. Sólo señalaremos que se trata de una industria pobre en útiles y muy abundante relativamente en piezas sin retocar y núcleos. Son muy numerosas las lascas y los restos de talla. La cuarcita es claramente predominante sobre el sílex, incluyendo en esta clasificación, como ya lo hicimos en la de la Cueva del Río, piezas de radiolarita de la caliza Griotte y de pizarra silíceas; hay también piezas realizadas sobre cuarzo (Q).

A pesar del carácter más o menos superficial y revuelto de ambas colecciones nos permitimos realizar una comparación entre ambas, señalando que el porcentaje de útiles es mucho mayor en el total del material de la Cueva del Río (35,9 % del total) que en el de La Lloseta (7,6 %), siendo también más variada su tipología. Dentro del material sin retocar predominan en la Cueva del Río los núcleos, principalmente los informes, mientras que en La Lloseta son mucho más abundantes las lascas y las hojas sin retocar.

Estas diferencias, sin embargo, no deben hacernos pensar que ambos conjuntos no puedan relacionarse, ya que las distintas características pueden deberse a la diferente localización de las catas, lo que podría determinar áreas distintas de distribución de las piezas líticas y óseas (vemos cómo en las notas de campo E. Hernández Pacheco hace alu-

sión a la concentración de las azagayas junto a la pared de la cueva). Por otro lado las piezas, más o menos abundantes según las excavaciones, son de tipología muy semejante, como también lo es la materia prima utilizada.

Todo esto nos mueve a concluir que:

a) Una comparación litoestratigráfica permite casi con toda probabilidad identificar el nivel excavado en 1915 con el primer estrato hallado por F. Jordá en 1956.

b) Este nivel está revuelto, como ya señala el prof. Jordá (1958, p. 24) y parece indicar la presencia del conchero incluido en él y extraído por E. Hernández Pacheco y P. Wernert.

c) El material industrial comparado es semejante, siendo imposible por sus características darle una atribución cultural precisa, quedando incluido vagamente en el «Magdalenense».

d) Los concheros son de dos tipos, distinguibles tanto por su fauna malacológica (Hernández Pacheco, E., 1954, p. 15) como por sus edades absolutas (Clark, G. A., 1976, p. 235).

#### CONCLUSIONES

1. Creemos suficientemente demostrada la identidad de ambas cuevas.

2. El relleno de la misma fue estratigráficamente normal hasta el Post-Asturiense.

3. Se ha llegado a la situación actual de la cueva mediante un proceso de hundimiento del suelo de la misma.

4. Debido a este proceso, las zonas más afectadas en cuanto a problemas de revuelto serían las próximas a las paredes, pudiendo conservarse la estratigrafía normal en las zonas centrales, aunque desplazadas en la vertical.

5. Existe una identidad entre el nivel excavado por E. Hernández Pacheco y el estrato superior de F. Jordá.

6. Aunque desde un punto de vista tipológico, la filiación Magdaleniense del material es probable, por el momento no puede situarse en un estadio

cultural más concreto. Desde un punto de vista geológico, no descartamos la posibilidad de que estos materiales correspondan al Magdaleniense inferior cantábrico.

#### AGRADECIMIENTOS

Al Dr. Alfredo Hernández Pacheco que nos ha hecho posible la realización de este trabajo facilitándonos el acceso a las notas de campo de su abuelo. Asimismo, agradecemos al Dr. Eugenio Ortiz, Director del Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid y a la Dra. Matilde Escortell, Directora del Museo Arqueológico Provincial de Oviedo las facilidades ofrecidas para el estudio de ambas colecciones.

#### BIBLIOGRAFIA

- CLARK G. A. (1976): *El Asturiense Cantábrico*. Bibliotheca Prehistorica Hispana, vol. XIII. Madrid.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. (1960): *El Magdaleniense III en la Costa Cantábrica*. Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología n.º 26, pp. 1-32. Valladolid.
- HERNÁNDEZ PACHECO, E. (1919): *La Caverna de la Peña de Candamo (Asturias)*. Comisión de investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas. Memoria n.º 24. Madrid.
- (1954): *Reseña de las Colecciones Prehistóricas y Deducciones de su Estudio*. Museo Nacional de Ciencias Naturales. Madrid.
- (1959): *Prehistoria del Solar Hispano. Orígenes del Arte Pictórico*. Real Sociedad Española de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Madrid.
- HOYOS GÓMEZ, M.: *El karst de Asturias en el Pleistoceno superior y holoceno* (Tesis doctoral inédita).
- JORDÁ CERDÁ, F. (1958): *Avance al Estudio de la Cueva de La Lloseta (Ardines, Ribadesella, Asturias)*. Diputación Provincial de Asturias. Oviedo.
- LLOPIS LLADÓ, N. (1970): *Fundamentos de hidrogeología cársica*. Edit. Blume. Madrid, 269 p.
- MALLO VIESCA, M. y PÉREZ PÉREZ, M. (1969): *Primeras notas al estudio de la cueva «El Ramu» y su comunicación con «La Lloseta»*. Zephyrus, XIX-XX, pp. 1-25. Salamanca.
- MALLO VIESCA, M. y SUÁREZ DÍAZ ESTÉBANEZ, J. M. (1973): *Las pinturas de las cuevas de La Riera y de Balmori*. Zephyrus, XXIII-XXIV, pp. 19-37 Salamanca.
- Mapa Geol. de Esp. a escala 1:50.000. Hoja n.º 31 (Ribadesella). I.G.M.E. Madrid, 1969.
- MOURE ROMANILLO, A. y CANO HERRERA, M. (1976): *La Cueva del Río de Ardines (Ribadesella, Asturias)*. Boletín del Instituto de Estudios Asturianos n.º 87, pp. 259-271. Oviedo.
- OBERMAIER, H. (1916): *El Hombre Fósil*. Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas. Memoria n.º 9. Madrid.
- (1924): *Fossil Man in Spain*. Hispanic Society of America. Yale University Press. New Haven.
- (1925): *El Hombre Fósil*. Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas. Memoria n.º 9. Madrid. 2.ª edición.
- ÚTRILLA, P. (1976): *La Región Asturiana durante los inicios del Magdaleniense*. Boletín del Instituto de Estudios Asturianos. vol. XXX, pp. 801-853. Oviedo.